

MONOGRÁFICO SOBRE

ORGANI ZACIÓN

**LÍNEA
SUR**

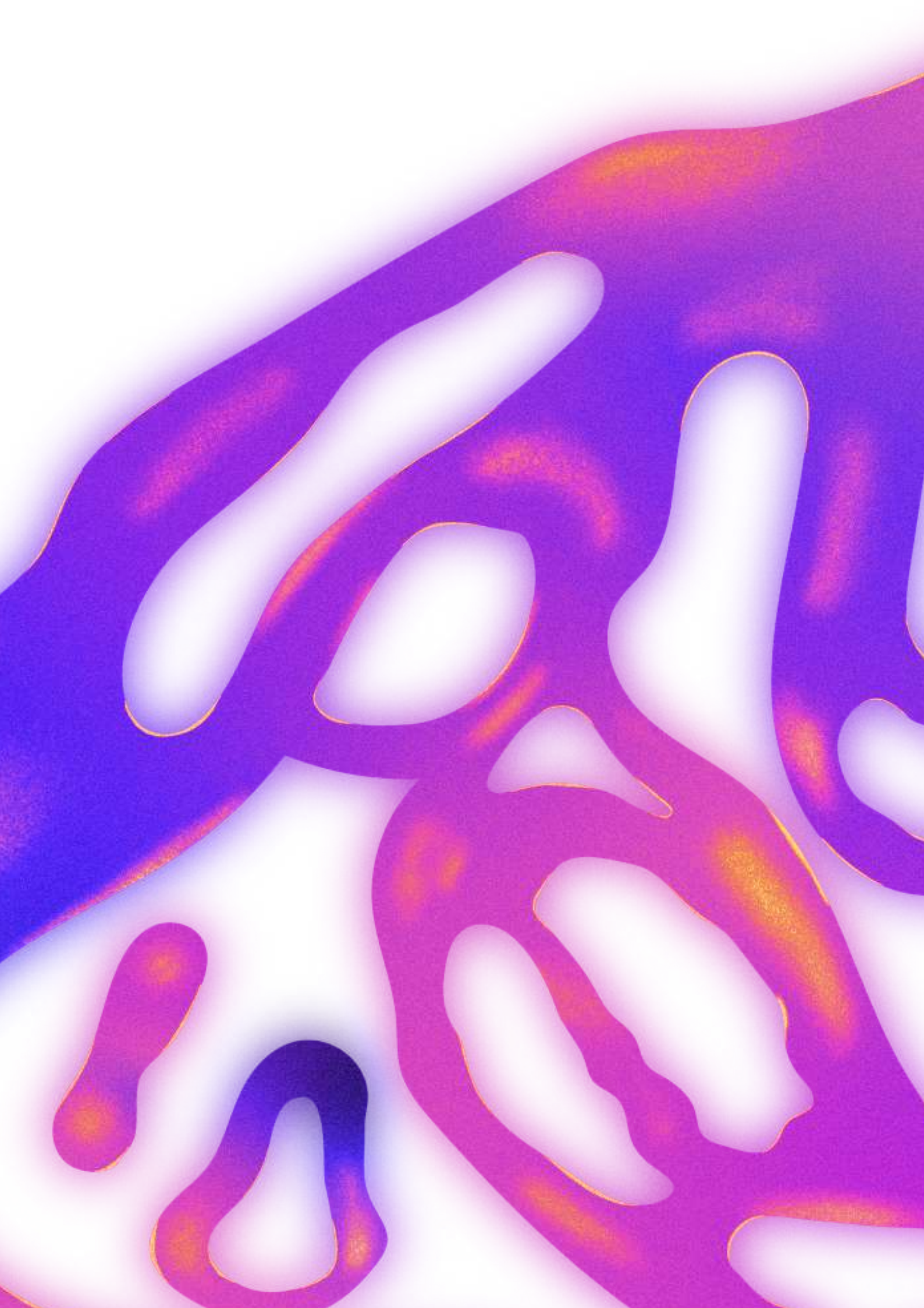
**LOS LÍMITES DEL
ASAMBLEARISMO**
Pág 4

**EL REFORMISMO
RADICAL**
Pág 10

**LA PRÁCTICA
DESORIENTADA**
Pág 14

**LA VIGENCIA DEL
CENTRALISMO
DEMOCRÁTICO**
Pág 20

CONTENIDO



PRÓLOGO

La pasada década ha estado marcada por el auge y declive del movimiento popular, por el avance cada vez más costoso de una fuerza social que la pandemia de COVID-19 terminó de dejar en los huesos. Quedan lejos los días en que las multitudes se congregaban en las calles y la participación desbordaba las asambleas. La organización de amplias masas ha terminado absorbida por la institucionalización, menguada por la falta de relevo generacional y relegada a pequeños espacios de resistencia. La única constante es la opresión capitalista, que persiste inamovible una década tras otra.

Cuando hablamos de momentos de flujo y de reflujo del movimiento popular, podríamos pensar que funciona como las olas del mar, en un ciclo interminable de embestida y repliegue sobre el que poco o nada podemos hacer. Pero no es así: lo que aprendamos de este pasado periodo de auge puede ser una herramienta muy valiosa para el presente de la lucha de clases. Es nuestra responsabilidad preguntarnos cómo hemos llegado a esta situación, si nuestro trabajo en asambleas y colectivos ha sido efectivo y cómo podemos mejorar.

Los textos de este monográfico surgen en ese periodo donde diferentes colectivos retoman tímidamente su actividad mientras nacen otros tantos: colectivos juveniles, asambleas de vivienda, luchas por los derechos laborales... La idea de que algo en la forma en que hacíamos las cosas no funcionaba estaba a la orden del día, y cuestiones como la forma en la que nos organizamos y los objetivos por los que luchamos fueron cobrando más y más importancia.

Línea Sur, como medio que pretende ser un nexo de intercambio de ideas y de reflexión para el movimiento popular, publica entre 2021 y 2023 los cuatro artículos que recopilamos en este monográfico. En ellos, se recogen reflexiones sur-

gidas en este contexto donde la única idea clara era que nuestra práctica tenía que cambiar.

“Los límites del asamblearismo” sirve como perfecta introducción a la forma organizativa que caracterizó la pasada década: las asambleas, ocasionalmente aglutinadas en coordinadoras. El texto ofrece un diagnóstico sobre los problemas que trae consigo tomar esta como la forma de organización por defecto.

“El reformismo radical” trata el problema de los objetivos políticos que sólo se expresan en abstracto, desde una radicalidad que sólo es aparente. Señala que a menudo estos objetivos intuitivos (de los que “acabar con el capitalismo” quizá sea el ejemplo más claro) están desvinculados de los medios de los que nos dotamos para llevarlos a cabo.

“La práctica desorientada”, por su parte, trae la cuestión de los objetivos políticos a largo plazo a la práctica cotidiana del movimiento popular. Se alerta sobre cómo se centra la mirada en el crecimiento cuantitativo a costa de definir por qué se lucha y cuál es el camino a seguir. Como resultado de esto, la práctica cotidiana del movimiento popular está lejos de ser verdaderamente democrática.

“La vigencia del centralismo democrático” concluye este monográfico presentando los principios organizativos que proponemos para guiarnos en la superación de todas estas carencias: máxima libertad de discusión, máxima unidad de acción.

Esperamos que esta recopilación contribuya a que ese flujo y reflujo de movimiento popular deje de ser un ciclo interminable, sino que podamos aprender de cada lucha para que los golpes que demos al origen de la opresión sean cada vez más certeros.



LOS **LÍMITES** DEL ASAMBLEARISMO



*En el movimiento popular se habla mucho de que hay que organizarse, pero casi siempre en abstracto; siempre con énfasis en el **cuanto**, en cómo conseguir que **más** gente se organice. La obsesión por el aspecto cuantitativo resulta necesariamente en un desprecio por lo cualitativo. Sí, queremos que más gente se organice, pero tenemos que hablar del cómo. Y del con quién, y para qué, e incluso contra qué o contra quién. Cada incógnita da más vueltas a todas las anteriores, y los ríos de tinta que se han vertido son presagio claro de que no vamos a resolver nada con un sólo artículo. En este texto nos centraremos en un aspecto concreto del cómo, la forma organizativa más sencilla: la asamblea. Señalamos sus características fundamentales y sus limitaciones.*

UN VISTAZO AL MOVIMIENTO POPULAR

La cuestión organizativa es absolutamente central para el movimiento obrero. Especialmente en un capitalismo maduro, donde todo lo que nos viene dado ha sido progresivamente moldeado para apuntalar al sistema, la mera forma de vincular nuestras acciones individuales para constituir una fuerza común (es decir, organizarnos) es sujeto de los más enconados debates. Y no sin motivo. Da igual cuánto sumen nuestras fuerzas; si cada una tira en una dirección diferente, la suma de nuestros esfuerzos será exactamente igual a cero. Y es que **la unidad de acción, sin unidad de organización, es imposible.**

El panorama que nos deja la deriva burocrático-estatal de las grandes estructuras socialdemócratas en descomposición (PCE y los sindicatos estatales) o al alza (Podemos) ha sido el desencanto hacia toda estructura organizativa que muestre el más menor atisbo de verticalidad. Así que cuando la necesidad de organizarse trasciende, y las grandes estructuras se perciben como obsoletas, autoritarias o corruptibles, no nos queda otra. Se recurre, por oposición, a la organización más horizontal posible: la asamblea.

LA ASAMBLEA COMO FORMA ORGANIZATIVA

Las asambleas son el modelo organizativo más simple para la toma de decisiones colectivas. Todo individuo se encuentra formalmente a un mismo nivel. Las decisiones se toman por consenso, a poder ser, o por mayoría en caso contrario. Este modelo es muy útil para lograr consensos en grupos reducidos. Su sencillez le confiere su carácter universal: cualquiera puede empezar una, sin restricciones al respecto del contenido de la misma, y es perfectamente improvisable. Además, el entrelazamiento entre asambleas podría dar lugar a formas organizativas cualitativamente superiores, si se hiciese correctamente.

Sin embargo, cuanto más grande es el grupo que la compone, más ineficiente se vuelve para desarrollar el trabajo diario. Ante esto, es común la formación de comisiones a las que se le encomiendan labores técnicas concretas, que agilizan el trabajo práctico pero mantienen el problema de ser incapaces de crecer su órgano político. Además de la formación de comisiones, en regiones donde abundan los activistas también es común la formación de asambleas paralelas, que tratan diferentes temáticas sobre

el mismo territorio, cada una políticamente autónoma y soberana. En cualquiera de los casos, la dirección política horizontal y directa limita el tamaño que estas pequeñas organizaciones pueden adquirir sin escindirse eventualmente.

Algunos de los problemas de nuestra clase plantean batallas que son asequibles para una asamblea, y otras que no. Una asamblea de vivienda de un tamaño razonable puede parar más de un desahucio, sí, pero jamás va a cambiar el hecho de que los jueces sigan convocando desahucios y la policía ejecutándolos. Desde luego, todas estaremos de acuerdo en que el objetivo político no puede ser resistir penosamente para siempre, eternamente incapaces de atacar, aspirando simplemente a sufrir los menores golpes posibles hasta el fin de los tiempos. Y es de esta comprensión intuitiva de la necesidad de enfrentarse a problemas más grandes que los que una asamblea puede enfrentar, surgen las coordinadoras y plataformas.



COORDINACIÓN: EL PARCHE QUE CUBRE LA DESORGANIZACIÓN

Coordinadora de asambleas de vivienda, Coordinadora contra la privatización de la sanidad, Coordinadora de pensionistas de X, Movimiento Antirrepresivo de Y, Coordinadora contra las casas de apuestas... Podríamos listar otras 25, sin salir de la M-30.

Todas estas estructuras de aglutinamiento de colectivos independientes (generalmente asambleas, pero también otras organizaciones más elaboradas) persiguen objetivos políticos con los que estamos unánimemente de acuerdo, pero afrontarlos desde coordinadoras formalmente desvinculadas acarrea ciertos problemas organizativos congénitos:

- Las organizaciones que forman parte de las coordinadoras mantienen su línea política independiente, intacta y soberana. A raíz de esto, la propuesta política de la coordinadora se dibuja dentro de tantas líneas rojas como organizaciones independientes las integran. Efectivamente, es un acuerdo de mínimos.
- Por lo general, la fuerza que las organizaciones transfieren a una coordinadora es mucho menor que la suma de las fuerzas originales. Esto está relacionado, por supuesto, con que cada organización aspira a estar presente en tantas coordinadoras como puede.
- Fomentan el activismo a la carta: cada individuo o pequeño colectivo puede elegir trabajar lo que subjetivamente le resulte más apetecible o prioritario, al margen de las necesidades objetivas colectivas de la clase que pretende representar.

Por mucho que intentemos trocear el movimiento obrero en compartimentos separados, la realidad es unitaria y la lucha también. La elección del modelo organizativo condiciona todos y cada uno de los pasos del movimiento popular. ¿Cómo de ridículo sería el movimiento del cuerpo humano carente de sistema nervioso central, con un pequeño cerebro en cada músculo, que se comunicasen con los cerebros de los demás músculos de forma ocasional? ¿Aprendería a andar algún día? ¿Cuántas décadas más vamos a fingir que este planteamiento es el mejor?

En una sociedad consumista, discretizada e individualista, las asambleas políticamente independientes, voluntariamente coordinadas, pasan a ser la apología de la individualidad transpuesta a la organización colectiva. La dupla crítica-autocrítica se cercena en pos del máximo respeto a la opinión del individuo y a su derecho a realizar su activismo como le dé la gana. En el mejor de los casos, la autocrítica se convierte en el respeto recíproco a una síntesis ecléctica de varias opiniones enfrentadas, en ocasiones erróneas, que se lastran mutuamente.

Si los problemas de la clase obrera afectan a esta en su conjunto, igual de conjunta debe ser la respuesta. Si aceptamos que esta es la realidad, la fragmentación ad infinitum de la dirección política sólo puede jugar en nuestra contra. No se trata de disolver las pequeñas estructuras de base que ya existen, puesto que nadie discute que a ellas les compete concretar una dirección política en la situación concreta (y nadie discute que las asambleas barriales conocen el barrio mejor que nadie). Se trata, como planteamos al principio, de su correcto entrelazamiento. Evidentemente, eso depende de para qué y contra quién nos organizamos.



NUESTRAS NECESIDADES ORGANIZATIVAS

El enemigo que nos ha tocado enfrentar es un estado fuertemente centralizado y completamente desarrollado, capaz de imponerse por completo en todo el territorio que pretende abarcar. El ejército de jueces, fiscales y fuerzas de seguridad (públicas y privadas), permanente y profesionalizado, está férreamente organizado para defender los intereses del capital y del Estado que lo sostiene. El grado de disciplina presente en dichos organismos es altísimo: las oposiciones y los procesos de adiestramiento y selección de candidatos están diseñados para garantizarlo. A este aparato de represión directa se le suma el poder que los medios de comunicación, que naturaliza la violencia del sistema e inculca en la inmensa mayoría de la población el marco político burgués del estricto parlamentarismo. Este efecto sobre la ideología de las masas se potencia por el factor objetivo de que cada vez menos aspectos de nuestras vidas se desarrollan al margen de la lógica capitalista, especialmente en las ciudades (en las que se concentra hasta el 80% de la población del estado).

Estamos hablando, por lo tanto, de que **nuestro enemigo es un ejército de centenares de miles de profesionales altamente especializados en la represión, apuntalado por los mayores órganos de propaganda de la historia de la humanidad, en unas circunstancias ideológicas que les resultan altamente favorables.** Pretender enfrentarse a este monstruo coordinando externamente pequeñas organizaciones, que mantienen su plena independencia política y de decisión, es una ilusión que nos condena a la derrota. La clase obrera necesita estar a la altura de su enemigo si quiere tener la menor esperanza de poner fin a su explotación algún día.

Urge reconciliar las dos necesidades organizativas de nuestra clase: la libertad de discusión y la unidad de acción. La libertad de discusión es imprescindible para que el movimiento revolucionario pueda nutrirse del conocimiento de todos sus integrantes; deficiencias en la libertad de discusión resultan en un burocratismo indistinguible de la política burguesa. No obstante, una vez se llega a una resolución en el debate conjunto, es imprescindible que aquellos que estén en desacuerdo asuman la línea política acordada por la mayoría. La capacidad de mantener la disciplina cumpliendo las directrices colectivamente construidas es condición necesaria de cualquier esfuerzo revolucionario. En el Estado Español existen organizaciones que funcionan de esta manera inter-





namente, pero están todavía muy lejos de superar esa fragmentación y ceder su dirección política a un esfuerzo conjunto, colectivo, que abarque al movimiento popular en su totalidad y le confiera el carácter revolucionario que necesita. Este es el primer problema que debemos resolver si queremos aspirar a la victoria.

Esta combinación de libertad de discusión con unidad de acción es la esencia del centralismo democrático, sobre el que sin duda escribiremos más detenidamente en el futuro.

CONCLUSIÓN

Nuestra clase necesita construir para sí misma una dirección política unificada, capaz de aprovechar al máximo el conocimiento y la fuerza de cada militante y activista. El individualismo no tiene lugar en esta fórmula, sea ejercido por una persona o por un grupo de ellas.

Las asambleas, como todo, tienen su utilidad y lugar. En este artículo no planteamos despreciarlas ni desterrarlas, sino simplemente poner en perspectiva que toda herramienta tiene una capacidad necesariamente limitada. La tendencia a elevar los intereses políticos subjetivos de pequeños grupos de personas por encima de los intereses de la clase en su conjunto es uno de los principales problemas observados.

De la misma forma que una serie de reformas parciales no suman una revolución, es también cierto que una miríada de agrupaciones fragmentadas por región y temática no constituyen una organización revolucionaria (aunque puedan formar parte de ella). **La obsesión por el crecimiento cuantitativo nos ciega y condena a sufrir las mismas carencias cualitativas** año tras año, década tras década. En la ausencia de una dirección política de clase, aumentar el número de asambleas, coordinadoras, plataformas y frentes sólo sirve para diluir nuestras fuerzas todavía más.

La organización revolucionaria es la columna vertebral de cualquier proceso revolucionario. Y es que sin columna vertebral, todos los órganos que nos esforcemos en construir no serán más que un charco en el suelo, bien de horizontal, listo para ser pisoteado por la disciplinada bota del Cuerpo Nacional de Policía.

EL REFORMISMO

RA DI CAL



La falta de un proyecto político revolucionario a largo plazo, más concreto que "acabar con el capitalismo" (en abstracto), es una de las problemáticas que persigue a los movimientos sociales en la actualidad. En lugar de dedicar tiempo y esfuerzo a determinar cuáles son sus limitaciones, cuál va a ser el camino a seguir a largo plazo y cómo se va a hacer para la construcción de ese proyecto político revolucionario concreto, muchos colectivos acaban quedándose en el reformismo, pintándolo de radical, dedicando sus energías militantes al puro oportunismo.

Es un hecho que actualmente nos encontramos en una situación bastante desesperanzadora: los movimientos sociales se encuentran estancados, los obreros cada vez más desmovilizados, el sueño de un mundo mejor para nosotros se ve cada vez más utópico. Existen muchos colectivos, organizaciones y partidos que se consideran revolucionarios pero que se han enganchado a una práctica que no lo es. Es nuestro deber como militantes hacer balance de éstos últimos años: cómo se han articulado los movimientos sociales, las organizaciones y Partidos y cuáles han sido los resultados, de modo que se analicen los fallos y plantear soluciones y nuevas estrategias de cara a luchar por nuestra emancipación y el socialismo.

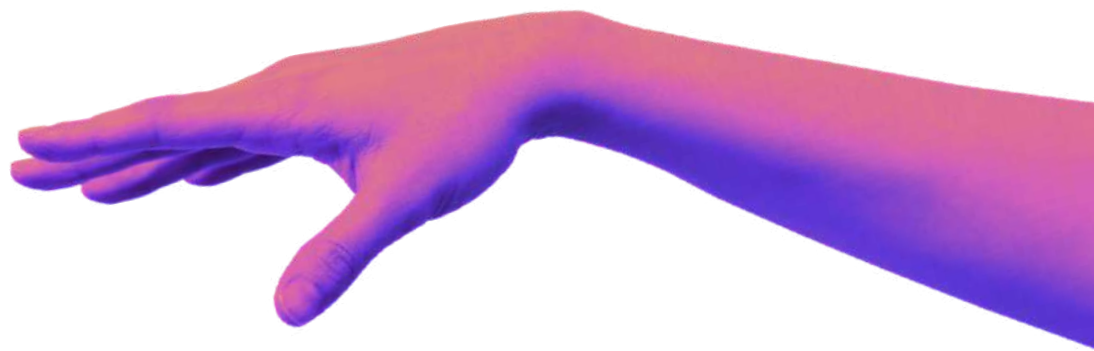
A lo largo de este artículo se intentará caracterizar a los colectivos, organizaciones y partidos declarativamente revolucionarios sumergidos en el "reformismo radical", explicando cómo discursivamente se diferencian del resto de colectivos reformistas, pero en la práctica emplean los mismos métodos.

PENSAR ABSTRACTAMENTE

La mayoría de los colectivos (asambleas, plataformas, coordinadoras...) tienen el mismo objetivo: acabar con el capitalismo, en ocasiones mediante la revolución. Todos quieren acabar con las diferentes opresiones que fustigan a la clase trabajadora: machismo, racismo, pobreza, etc., (a veces malamente entendidas como interseccionales). A partir de aquí se crea una base ideológica consensuada que marca entonces su práctica. Sin embargo, aquí nos encontramos con el principal problema: **la falta de concreción de la base ideológica y el plan político a largo plazo**, además del entendimiento de estos objetivos máximos en abstracto.

Una de las mayores problemáticas del movimiento social es que, por lo general, se piensa abstractamente. Por abstracto, nos referimos al sentido dialéctico de este: como la falta de concreción, las ideas simples e indeterminadas. ¿En qué se traduce esto? En que de esta forma se es incapaz de caracterizar el capitalismo. Y, por lo tanto, en que se acaba desarrollando una línea política indeterminada, a falta de una línea política concreta a largo plazo más específica que "acabar con el capitalismo, machismo, etc." La falta de objetivos intermedios convierte los objetivos finales en un brindis al sol.

Es común ver manifiestos escritos desde estos colectivos sobre cuestiones muy importantes: el derecho a la vivienda, en contra del machismo, etc., en los que se expone la situación actual de estas problemáticas con datos y estadísticas de cómo es un problema real que sufre la clase obrera, sin embargo, en dichos documentos no encontramos respuesta a la problemática a largo plazo, no vemos el plan que se traza para acabar con estas problemáticas de lleno. En estos manifiestos que conformarnos con una llamada a la organización en abstracto, a pedir a gritos que se acabe con el machismo en abstracto, a enfadarse mucho con el capitalismo en abstracto, todo en abstracto.



También vemos esta problemática en la línea política que la mayoría de estos colectivos aplica sobre ciertos temas. Un ejemplo sería el planteamiento de llamar a la nacionalización del sector de la luz (respuesta relativamente concreta que solamente supondría un parche, y ni siquiera atiende a las causas del precio de la luz; reformismo) y, junto a este, la llamada a acabar con el capitalismo (respuesta abstracta; radical). Ambas partes planteadas sin conexión estratégica entre ellas.

Otro ejemplo de cómo el pensamiento abstracto se lleva a la práctica es tratar de “encender la bombilla” y “concienciar” a los obreros de que necesitan organizarse, en abstracto. La ausencia de un plan concreto convierte el “¡hay que organizarse!” en un auténtico salto de fe. El obrero tiene que confiar en que, efectivamente, “organizarse en general” tiene que servir de algo. Esto, sencillamente, no ocurre: el obrero no puede confiar en una llamada a la organización en abstracto. Al final, termina militando el que llega concienciado de casa. Se les pide a los obreros que salten al vacío: suplicándoles que confíen en ellos para solucionar sus problemas de clase, pero sin ningún plan concreto más allá de “hacer más barrio”, “encender más bombillas”, “convocar más manifestaciones”. Se les está diciendo que la lucha en las instituciones no sirve para nada (como mucho para que se repartan “mejor” las migajas), pero la lucha de resistencia sin un proyecto a largo plazo tampoco les enseña una lección diferente. Los obreros que tienen necesidades que resolver mediante la organización y no quieren vagas promesas de revoluciones futuras casi siempre van a optar por opciones corporativas con acceso a recursos concretos (sindicatos, partidos políticos, la PAH...).

Con todo esto, ¿qué diferencia a estos colectivos “radicales” del reformismo? Los colectivos no son capaces de crear un vínculo real entre las propuestas actuales que llevan a cabo y los deseos revolucionarios futuros. Al final acaban intentando vender a los obreros que el mundo postcapitalista (prometido) es posible, pero sin tener algo real que brindarles, en contraposición a partidos socialdemócratas que sí les ofrecen algo, aunque sean unas migajas, éstas son reales y tangibles. ¿Qué tienen estos colectivos que ofrecer a estos obreros que no les pueda ofrecer Más Madrid?, ¿a dónde van los esfuerzos de sus militantes? Si realmente no se dedica el tiempo a desarrollar un plan político concreto a largo plazo, el trabajo de sus militantes no tiene más remedio que basarse de manera perpetua en lo inmediato, en el practicismo y el “hacer por hacer”, dejando siempre en segundo plano el debate, la discusión, la caracterización del capitalismo y el desarrollo ideológico, porque al final, siempre hay algo inmediato que arreglar y solucionar y parece que nunca hay tiempo para sentarse a trazar un plan.

LA DESVINCULACIÓN ENTRE LA PRÁCTICA INMEDIATA Y EL FUTURO PROMETIDO

Realmente estos colectivos no han hecho un proceso de análisis del capitalismo de manera exhaustiva: ¿cuáles son los fundamentos económicos del capitalismo?, ¿cuál es la dinámica interna que reproduce estas relaciones de producción?, ¿qué papel tiene el Estado español en la economía mundial?, ¿cómo podemos superar el capitalismo de forma concreta a través de la planificación económica? Estos colectivos realmente pretenden acabar con el capitalismo sin siquiera haber estudiado éste.



Es por esto por lo que nos encontramos a colectivos en los que conviven activistas con diversas opiniones acerca de cuál es el camino a seguir, porque para ellos, al fin y al cabo, esta caracterización es más una opinión que el resultado de un análisis científico. ¿Cuál es la estrategia concreta para llegar a acabar con el capitalismo?, ¿cómo se pretende llegar a su superación? El problema del reformismo radical de estos colectivos es que pensar abstractamente no permite un correcto análisis del capitalismo en el que estamos sumergidos, lo que tampoco hace posible dar una respuesta determinada a estas cuestiones y, por tanto, no pueden vincular las acciones reformistas inmediatas que acaban practicando con las promesas futuras.

Por lo que nos encontramos que estos colectivos dejan de lado en su práctica las cuestiones más esenciales (al ser más “inalcanzables”) dando primacía a las cuestiones que sí parecen concretar: las inmediatas. Los colectivos tienen amplia experiencia en parar desahucios, convocar manifestaciones, etc., y esto, efectivamente, son respuestas concretas. Sin embargo, al no caracterizar el capitalismo y no especificar o trazar una estrategia para el futuro, los colectivos no son capaces de crear un espacio realmente revolucionario. Y por supuesto, no estamos negando la importancia de dar una respuesta a los ataques inmediatos del capital a nuestra clase, la solidaridad es esencial. El problema es que al final, lo único concreto acaba siendo lo inmediato y lo espontáneo, por lo que la única actividad de los movimientos sociales se centra en esto, acciones que no necesariamente nos llevarán al objetivo final.

El practicismo resulta seductor: da la sensación de que estamos haciendo cosas, de que estamos llegando a algún lado (siempre por determinar) y al final, nos encontramos inmersos en una práctica sin rumbo que más que conseguir logros emancipadores, nos quema.

Esto, junto con la falta de desarrollo ideológico y el pensamiento abstracto que comentábamos anteriormente, crea un abismo gigantesco entre las prácticas de estos colectivos y la consecución de su objetivo máximo. Es como tratar de llegar de un lado al otro del acantilado sin pararse a pensar en cómo vamos a cruzar, ni analizar cómo de grande es el acantilado y qué opciones hay, simplemente se pega un salto de fe prometiendo a la gente que efectivamente lo vamos a cruzar, sin tener siquiera un plan real para construir lo que sea necesario para hacerlo.

Al final, los colectivos que se autodenominan revolucionarios acaban realizando una práctica cuyos resultados no se diferencian en mucho con los reformistas, llegando incluso hasta a coincidir en consignas y acciones con éstos de manera “accidental” pues, realmente, son Reformistas Radicales. Algunos colectivos y organizaciones, tras procesos de análisis y debate, han comprendido que el reformismo radical no es el camino a seguir, y que, si quieren llevar a cabo un proceso realmente revolucionario, deben juntarse y desarrollar un plan concreto que parta de la base del análisis y la caracterización del capitalismo.

Lo que tenemos claro es que resulta imposible trazar el camino concreto hacia la revolución de forma espontánea o de casualidad. Es prioritario que nos sentemos a estudiar el mundo en el que vivimos, caracterizando el capitalismo y aprendiendo de este estudio de modo que se trace un plan concreto a través de la planificación económica, del poder político de nuestra clase, etc. Se trata de un proceso que requerirá tiempo y energías. Y, además, supone discutir y debatir no para llegar a un consenso pacífico de mínimos, sino para ir cocinando a fuego lento un plan político concreto que ilumine el camino hacia la revolución, el socialismo y nuestra emancipación.



A sculpture of a person in a white dress is suspended from a wooden structure against a blue wall. The sculpture is positioned at the top of the frame, with its head pointing downwards. The wooden structure consists of several vertical and horizontal beams. The background is a solid blue wall.

LA PRÁCTICA DES ORIENTADA TADA



Es más fácil que muchas personas compartan en un primer momento las razones por las que organizarse si se basan en una idea vaga y abstracta. Sin embargo, renunciar al desarrollo ideológico, a analizar colectivamente las causas concretas por las que hacemos lo que hacemos, trae consigo algunos problemas muy extendidos en el movimiento popular actual. Se ha dado prioridad a ganar fuerzas creciendo cuantitativamente, pero a costa de la definición de la estrategia, de la orientación hacia los objetivos que nos llevaron a organizarnos en un primer lugar.

En este artículo, abordamos la relación entre las tareas que surgen fruto de priorizar la acumulación de fuerzas y las tareas que permiten el desarrollo ideológico. Defendemos que, en el momento actual, estas últimas deben ganar mayor importancia de la que han tenido hasta ahora si queremos superar algunas carencias que venimos arrastrando demasiado tiempo.

En el artículo previo, calificamos como “reformistas radicales” a aquellos colectivos en los que conviven una radicalidad en el discurso y una práctica desvinculada de sus objetivos a largo plazo, que se plantean siempre en abstracto. Nos referimos, por ejemplo, a aquellos colectivos que se proponen acabar con el capitalismo, pero sin analizar exhaustivamente este modo de producción y sin examinar cómo se relaciona ese objetivo (el fin del capitalismo) con lo que el colectivo hace diariamente.

Lo que encontramos es una falta de planificación a medio y largo plazo, de definición de cuáles son los fines y cuáles son los medios, una desconexión entre lo que hacemos y para qué lo hacemos. Esta desconexión no ocurre solo en los colectivos reformistas radicales: podemos encontrarla en buena parte del movimiento popular. Nuestra práctica diaria no siempre está subordinada a unos objetivos finales que nos orientan.

De hecho, **las razones por las que nos organizamos a menudo se expresan sólo en abstracto:** por el derecho a la vivienda, por el fin de la opresión de género, por el fin del capitalismo... Sin una comprensión científica de estas realidades y sus condiciones de superación, la lucha por estos objetivos se convierten en un juicio moral contra el presente, pero no en una guía hacia el futuro. Nos encontramos con opresiones y nos enfrentamos a ellas como mejor sabemos, pero no consideramos como parte de esa lucha la tarea de trazar un plan para superarlas.

Tengamos algo claro: ninguno de estos objetivos por los que luchar es utópico. Escribimos este artículo desde la convicción de que la clase trabajadora organizada es capaz de llevarlos a cabo. Pero, para poder conseguirlo, hay algunas inercias muy presentes actualmente que deberíamos cambiar. La lectura que hacemos es que en los movimientos populares de Madrid **vivimos no sólo un momento de reflujo, de pérdida de fuerzas, sino también de profunda desorientación.**

FUERZA Y ORIENTACIÓN

Si nos organizamos es para algo. La organización nos permite actuar con más fuerza y mejor orientación: con más fuerza porque el trabajo que puede sacar adelante un colectivo organizado y los conflictos que puede plantear están a una escala completamente distinta si los comparamos con lo que puede hacer cada uno de sus miembros por separado; y con mejor orientación, porque la realidad no se nos presenta como es, y sólo la elaboración colectiva del problema al que nos enfrentamos nos permite saber qué hacer.

Sólo en colectivo podemos ver más allá de las apariencias, comprender las causas de la opresión y la coyuntura en la que ésta ocurre.

Es así como podemos trazar una estrategia que vincule nuestra práctica en el presente con la superación de esa opresión en el futuro.

Las tareas que priorizan la acumulación de fuerzas (que el colectivo crezca de forma cuantitativa) y las tareas que nos permiten mejorar nuestra orientación (a las que vamos a llamar desarrollo ideológico) pueden entrar en contradicción. Es decir, pueden producirse una a costa de la otra.

Cuando hablamos del desarrollo ideológico, nos referimos a definir con mayor precisión la opresión contra la que luchamos, abordando su origen y su lugar en la coyuntura actual. Por dar un ejemplo, centrándonos en el movimiento por el derecho a la vivienda:

¿El problema de la vivienda tiene que ver con la falta de vivienda pública y social? ¿Qué podemos hacer, entonces, para que el Estado español construya suficiente vivienda social? ¿Por qué no lo ha hecho ya? ¿O el problema tiene que ver con la propiedad privada? ¿Qué implica una sociedad sin propiedad privada? ¿Cómo se relaciona esto con el modo de producción capitalista y con el trabajo asalariado?

La respuesta que demos a este tipo de preguntas debería orientar nuestra práctica diaria. Cómo entendamos la base del problema afecta a lo que hacemos, a cómo nos explicamos a nosotras por qué lo hacemos y a cómo lo explicamos hacia fuera del colectivo.

Pero responder a estas preguntas puede ir en contra del aumento de nuestras fuerzas, ya que nuestros colectivos son heterogéneos en mayor o menor medida. Si abordamos cuestiones que en apariencia (y sólo en apariencia) no se relacionan

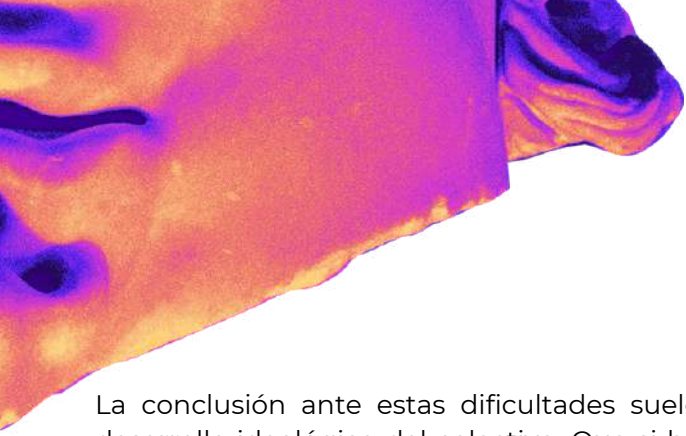
directamente con el problema contra el que luchamos, podemos encontrar desacuerdos tan importantes que rompan la unidad de acción.

En definitiva: el desarrollo ideológico puede amenazar la cohesión si dicha cohesión se ha construido ignorando estas diferencias de base. Podemos estar de acuerdo en que los desahucios nos parecen terribles y queremos que no lleguen a producirse, pero revisar por qué se producen y qué podemos hacer realmente para evitarlos puede llevar a que afloren diferencias que antes no estaban presentes.

Para no correr este riesgo, solemos funcionar por acuerdos de mínimos. Hemos hablado en “Los límites del asamblearismo” sobre este tipo de práctica y sus limitaciones. Dependiendo del caso, un acuerdo de mínimos puede cumplir con los objetivos para los que nace, pero detectamos que, muy a menudo, **la falta de desarrollo ideológico vuelve frágiles e impotentes a los colectivos** o coordinadoras que recurren a ellos sin pensarlo dos veces.

Hay una segunda cuestión: el trabajo que requiere el desarrollo ideológico puede llevarnos un tiempo y unas fuerzas que no tenemos, o que necesitamos dedicar a tareas más urgentes. Así, el desarrollo ideológico puede llevar a una “parálisis por el análisis”, a dejar pasar problemas inmediatos que necesitan respuesta y a los que sólo nosotras podemos responder. Además, estos debates no tienen por qué llevar a nada. Puede que no lleguemos a ninguna decisión relevante y que terminemos haciendo lo mismo, pero habiendo perdido un tiempo valioso.





La conclusión ante estas dificultades suele ser que no hay motivos suficientes para dedicarnos al desarrollo ideológico del colectivo. Que si hemos terminado actuando como lo hacemos es por algo, y que vivimos un momento de reflujo en el que bastante conseguimos con mantenernos a flote. Pero, ¿estamos manteniéndonos a flote, o hundiéndonos lentamente?

A DÓNDE VAMOS

Las reticencias de las que acabamos de hablar son razonables hasta cierto punto. No surgen de la nada, sino de problemas reales. Pero la contradicción entre acumular fuerzas y mejorar la orientación funciona en las dos direcciones. La falta de desarrollo ideológico trae consigo unas carencias que están muy presentes en el movimiento popular actual, y que tampoco podemos obviar.

Para empezar, **desatender el desarrollo ideológico significa utilizar como brújula la conciencia espontánea.** Es decir, guiarnos por “lo que cada cual trae de casa”, sin dotarnos entre nosotras de unas herramientas de análisis similares, más allá de formaciones esporádicas. Esta forma de actuar puede parecer horizontal y democrática: no se le imponen unas ideas determinadas a nadie que entre por la puerta, sino que toda persona que quiera participar puede hacerlo. Pero, en realidad, funciona al contrario.

La falta de una postura político-ideológica clara y consensuada significa que quienes participan por primera vez no comparten una base común desde la que comprender el problema al que nos enfrentamos y los objetivos que tenemos. Esto influye en que terminemos por funcionar mediante liderazgos informales, basados en el carisma o la experiencia, y que no tienen ninguna necesidad de rendir cuentas. No actuar conscientemente sobre “lo que cada cual trae de casa” hace que, para muchas personas, las posibilidades de participación disminuyan.

Si el objetivo de todo esto es evitar desacuerdos, debemos reconocer que no siempre funciona. Por mucho que intenten evitarse debates complicados, las ideas del colectivo no son independientes de su práctica. Por ejemplo, si un colectivo por el derecho a la vivienda tiene como objetivo defender a sus integrantes que okupan, a toda persona que participe se le va a imponer que la okupación es un medio legítimo para acceder a una vivienda. Y esto es razonable.



No importa que no se aborden directamente, este tipo de desacuerdos terminan por salir a la luz, y lo hacen en el peor de los escenarios. En colectivos sin mecanismos ni experiencia para hacerles frente, lo que podría haber sido un debate sosegado se enquistaba hasta que estalla.

Una de las carencias organizativas a las que lleva desatender el desarrollo ideológico es la falta de cauces para la crítica, de momentos donde abordar los desacuerdos en cuestiones de fondo y tomar decisiones al respecto. Se trata de una ausencia importante de democracia interna.

Ante esta desorientación, la rutina se impone, y la práctica diaria se convierte en un fin en sí mismo. Queremos que venga más gente a la asamblea, pero no tenemos claro para qué. Esto tiene consecuencias graves. No sabemos a dónde vamos, y vemos cómo se queman compañeras valiosas que dedican mucho tiempo a acciones que no pueden vincular con los objetivos que les llevaron a organizarse en un primer momento.

NUESTRAS TAREAS

Antes de evaluar qué hacer ante todo esto, debemos reconocer que no estamos en un momento de auge. El movimiento popular es menos numeroso y menos heterogéneo que a principios de la década de 2010. En esta situación de pérdida de fuerzas, las amenazas de embarcarnos en trabajar en el desarrollo ideológico son mucho menores que años atrás: menos gente fuera nos escucha, y quienes estamos dentro tenemos convencimientos más similares.

En este momento de reflujo, sigue siendo urgente dedicar esfuerzos al desarrollo ideológico, y precisamente ahora podemos corregir las carencias que antes hemos mencionado a un coste mucho menor que el que hubiera tenido hacerlo en otro momento. No pa-

ra aislarnos y renunciar a crecer cuantitativamente, sino para poder empezar a crecer sin los límites que hemos arrastrado hasta ahora. Esto significa contar con un trabajo común para entender con precisión a qué nos enfrentamos, con una práctica diaria que podamos vincular a nuestros objetivos y con mecanismos que nos permitan evaluar lo que hacemos y aprender mediante la autocrítica.

Debemos entender que esto no es incompatible con mantener la cohesión del colectivo, ni implica imponer debates estériles. Es posible conservar la unidad de acción y beneficiarse al mismo tiempo de los conocimientos que el colectivo tiene y que adquiere constantemente en la lucha. Para conseguir esto, la clave la tiene la forma de organización. En un artículo próximo sobre el centralismo democrático desarrollaremos con mayor profundidad esta idea.

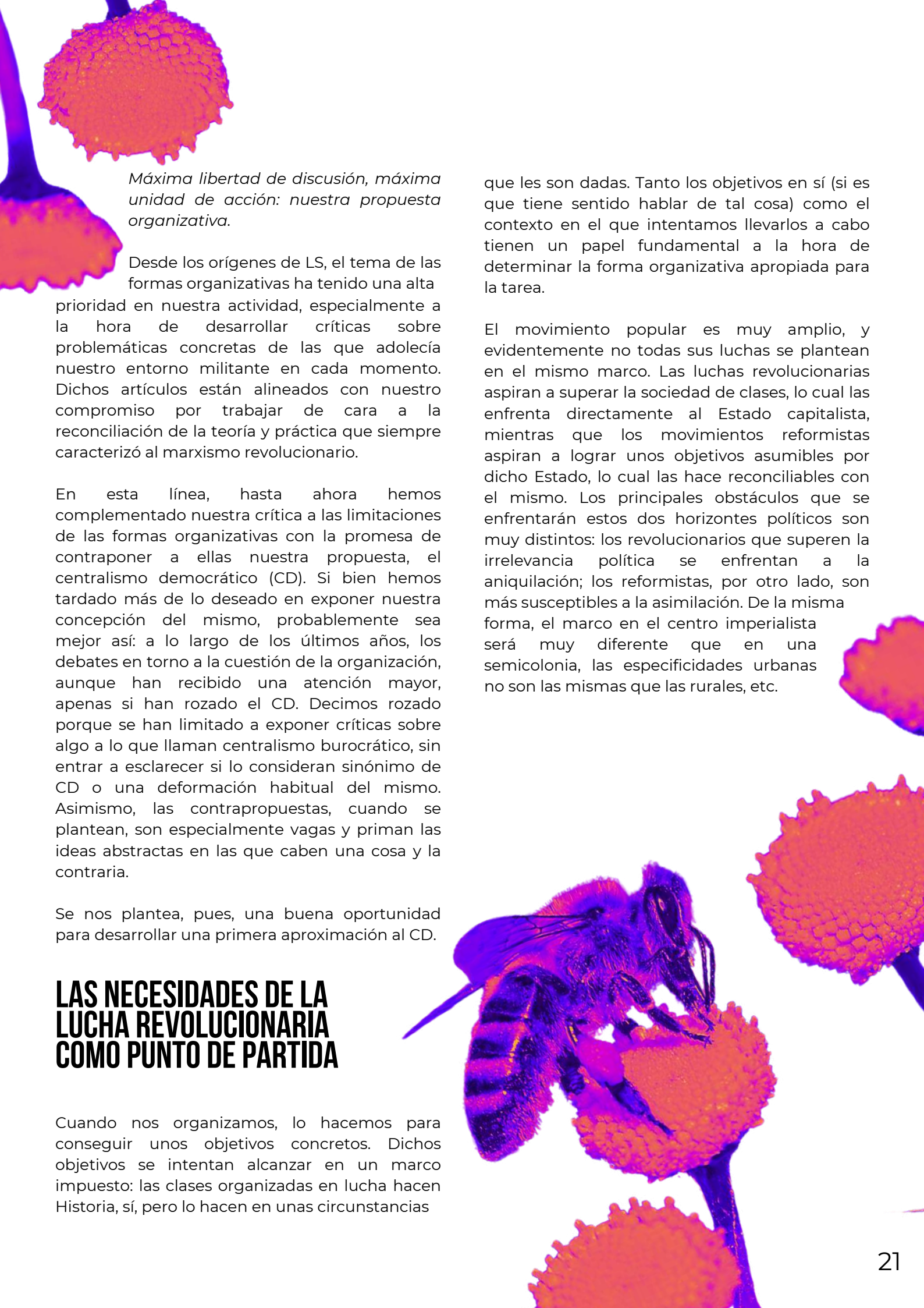
Cada colectivo que nos lea se reconocerá en distinta medida en las inercias que hemos descrito, porque este no es un análisis de ninguna organización en particular, sino de tendencias generalizadas. En cualquier caso, debemos tener claro que **la definición de un plan a largo plazo vinculado con nuestras acciones en el corto plazo es una tarea ineludible.** Sin él, sólo podremos avanzar a ciegas, ideológicamente dependientes de la socialdemocracia o, en ocasiones, de proyectos directamente reaccionarios, sin importar la vehemencia con la que se rechacen en nuestras asambleas a miembros de Podemos o de Frente Obrero.

Contamos con la experiencia de décadas de lucha, y es nuestra responsabilidad aprender de ellas y valorarlas críticamente. Los objetivos por los que luchamos no pueden ser un brindis al sol, sino una guía para actuar.



A close-up photograph of several bees on a honeycomb. The image is overlaid with a blue and orange color scheme. The bees are positioned in the lower half of the frame, with their bodies and wings clearly visible. The honeycomb cells are in the upper half, showing a hexagonal pattern. The text is overlaid on the lower half of the image.

LA VIGENCIA DEL **CENTRALISMO DEMOCRÁTICO**



Máxima libertad de discusión, máxima unidad de acción: nuestra propuesta organizativa.

Desde los orígenes de LS, el tema de las formas organizativas ha tenido una alta prioridad en nuestra actividad, especialmente a la hora de desarrollar críticas sobre problemáticas concretas de las que adolecía nuestro entorno militante en cada momento. Dichos artículos están alineados con nuestro compromiso por trabajar de cara a la reconciliación de la teoría y práctica que siempre caracterizó al marxismo revolucionario.

En esta línea, hasta ahora hemos complementado nuestra crítica a las limitaciones de las formas organizativas con la promesa de contraponer a ellas nuestra propuesta, el centralismo democrático (CD). Si bien hemos tardado más de lo deseado en exponer nuestra concepción del mismo, probablemente sea mejor así: a lo largo de los últimos años, los debates en torno a la cuestión de la organización, aunque han recibido una atención mayor, apenas si han rozado el CD. Decimos rozado porque se han limitado a exponer críticas sobre algo a lo que llaman centralismo burocrático, sin entrar a esclarecer si lo consideran sinónimo de CD o una deformación habitual del mismo. Asimismo, las contrapropuestas, cuando se plantean, son especialmente vagas y priman las ideas abstractas en las que caben una cosa y la contraria.

Se nos plantea, pues, una buena oportunidad para desarrollar una primera aproximación al CD.

LAS NECESIDADES DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA COMO PUNTO DE PARTIDA

Cuando nos organizamos, lo hacemos para conseguir unos objetivos concretos. Dichos objetivos se intentan alcanzar en un marco impuesto: las clases organizadas en lucha hacen Historia, sí, pero lo hacen en unas circunstancias

que les son dadas. Tanto los objetivos en sí (si es que tiene sentido hablar de tal cosa) como el contexto en el que intentamos llevarlos a cabo tienen un papel fundamental a la hora de determinar la forma organizativa apropiada para la tarea.

El movimiento popular es muy amplio, y evidentemente no todas sus luchas se plantean en el mismo marco. Las luchas revolucionarias aspiran a superar la sociedad de clases, lo cual las enfrenta directamente al Estado capitalista, mientras que los movimientos reformistas aspiran a lograr unos objetivos asumibles por dicho Estado, lo cual las hace reconciliables con el mismo. Los principales obstáculos que se enfrentarán estos dos horizontes políticos son muy distintos: los revolucionarios que superen la irrelevancia política se enfrentan a la aniquilación; los reformistas, por otro lado, son más susceptibles a la asimilación. De la misma forma, el marco en el centro imperialista será muy diferente que en una semicolonía, las especificidades urbanas no son las mismas que las rurales, etc.

Los métodos de organización de nuestra clase sólo responden ante sus necesidades. No existen consideraciones que estén fuera de la propia lucha y sus condiciones, ni unos presupuestos ideológicos fijos, ni unos principios previos al proceso histórico de organización consciente de la clase revolucionaria. Debido a esto, conceptos como la horizontalidad, la jerarquización, la libertad o la disciplina (y la priorización que establezcamos entre este tipo de conceptos) no son aceptados ni rechazados a priori. Es la práctica histórica la que determina si son lastres o necesidades, si necesitamos emplearlos o distanciarnos de ellos. **No existe una exterioridad que se imponga a la autoconciencia de la clase.** Intentar salirse por esa tangente en esta cuestión sólo conduce a refugiarse en una práctica escindida de la teoría, o viceversa.

Como ejemplo –externo al movimiento comunista– de lo que estamos criticando, es frecuente encontrarse posturas libertarias que abogan por una organización lo más horizontal posible, como es el caso de aquellas feministas a las que critica duramente Jo Freeman en “La tiranía de la falta de estructuras” por plantear la negatividad absoluta de cualquier estructura reconocida. Dichas posturas, si pusieran la praxis revolucionaria como punto de partida, no se escudarían en nociones abstractas, morales, o pretendidamente universales como la libertad y la igualdad (remanentes del idealismo ilustrado burgués más que otra cosa), sino que se justificarían desde las necesidades teórico-prácticas de dicha organización. Evidentemente, esto rara vez ocurre, en tanto que su supuesta espontaneidad no es otra cosa que la ideología burguesa por la que son asimiladas.

Nos disponemos a exponer el CD precisamente desde este marco, el de la práctica revolucionaria que se estudia a sí misma. Veremos que los dos polos de esta unión entre centralismo y democracia, tan manifiestamente contradictoria, son momentos esenciales para conciliar una teoría y una práctica. Para esto necesitamos, además, esbozar las necesidades y limitaciones de una organización a la altura de la revolución socialista en un contexto determinado.

LA DEMOCRACIA Y SU NECESIDAD DE CENTRALIZACIÓN

La organización revolucionaria necesita estructuras democráticas por muchos motivos. La autoconciencia de clase no puede alcanzarse si el sujeto no se reconcilia con el objeto: el proletariado debe ser la fuerza viva que, entendiendo su papel en la historia, tome las riendas de su lucha en sus propios términos. Esto es imposible si la organización y el sujeto proletario no se reconocen mutuamente, si la organización no se nutre de todo el conocimiento y toda la voluntad política del explotado. La libertad de discusión es, por lo tanto, una de nuestras máximas, habilitando momentos en los que toda la militancia pueda expresar libremente sus planteamientos políticos de una forma significativa y tenida en cuenta orgánicamente.



Satisfacer esta necesidad, ya de entrada, no es fácil en absoluto y requiere un esfuerzo continuado. Las soluciones fáciles se agotan cuando la organización supera el tamaño de un grupo de amigos. Cuando apenas se excede la decena se pueden mantener las ilusiones democratistas en base a trivialidades como que cada militante tenga su turno de palabra, pero, ¿cómo reconciliar las percepciones, intenciones y voluntades de cientos, miles, o decenas de miles de personas? ¿Cómo se elige a quien hace la síntesis; o, si no se realiza tal síntesis, cómo se actúa sobre lo debatido? ¿Cada cuánto tiempo hay que tratar cada tema? ¿Qué debates son prioritarios? Una organización con una democracia interna sana debe ser capaz de estipular unas respuestas a estas preguntas que el grueso de la organización reconozca como válidas. Y esto es clave: como insistimos antes, no hay un afuera: es la clase en lucha la que tiene la única potestad para decidir lo que le sirve y convence, también en materia organizativa. No hay una regla universal, uniforme a descubrir e implantar siempre en todo lugar: son las circunstancias concretas las que utilizaremos para determinar cuánto, cómo, y sobre qué establecer un proceso democrático (sea de desarrollo teórico, sea de redistribución de responsabilidades, sea de lo que sea). Esto depende de factores tanto externos como internos: si el escenario es de guerra o de relativa paz, del tamaño de la organización, su dispersión geográfica, la percepción de la propia organización sobre si ha cambiado el sentir general desde la última vez que se tomaron decisiones sobre un tema, etc.

¿Por qué hablamos de que la democracia interna se ejerce en ciertos momentos, y no constantemente? Por necesidad práctica. Las líneas estratégicas a gran escala que surgen de la democracia interna no servirían de nada si no se fijasen durante un periodo razonable de tiempo. No puedes establecer un plan de trabajo político consensuado entre toda la organización y pretender reiniciar el debate por completo al primer revés. Nunca se podría hacer nada. Evidentemente esto depende del rango de aplicación: planes estatales que condensan la voluntad política de ciertos de personas requieren mucho esfuerzo para su reevaluación democrática, mientras que la concreción local de los mismos entre los diferentes núcleos militantes podría ser algo que se debate cada semana.

Por cada pregunta que se deja sin responder sobre el cómo y cuándo se ejerce la democracia en el seno de la organización, el autoritarismo se abre camino. Existe una concepción errónea, tan extendida como dañina, de que la autoridad es algo que se elige ejercer. Esto es falso: la autoridad y las jerarquías son inevitables, y es su reconocimiento lo que las mantiene bajo control. No existen los grupos humanos carentes de estructura, jerarquía, o autoridad: existen aquellos que reconocen y encauzan estos fenómenos, y existen los que los dejan actuar descontroladamente. Los liderazgos informales son tiránicos, porque no son democráticamente elegidos; son autoritarios, porque no responden a un proceso de rendición de cuentas previamente acordado. El trepa que hace un lío en la asamblea porque tiene más labia puede hacerse el tonto y decir que “sólo estaba dando su opinión”; tu



responsable político, democráticamente elegido y con unas responsabilidades y competencias definidas y acotadas por el colectivo, no.

Las respuestas democratistas que se nieguen a encauzar la democracia por creer que esto la coarta se verían empujadas a responder algo como que todo el mundo opina sobre lo que quiera cuando quiera, en igualdad de condiciones y sin límite. Lo cual es inoperante, completamente disfuncional, y evidentemente nunca ocurre. Al final del día, el debate tiene que terminar para dar paso a la acción.

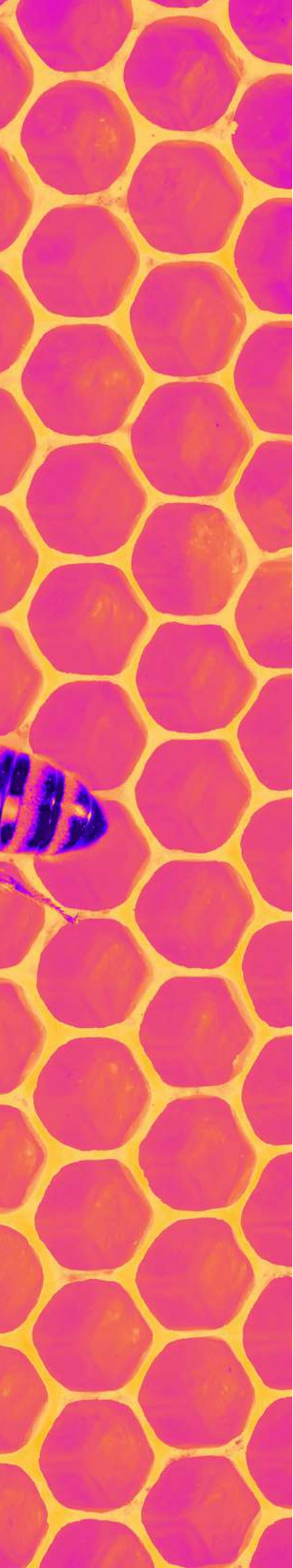
EL CENTRALISMO SUPEDITADO A LAS RESOLUCIONES DEMOCRÁTICAS

Una de las necesidades para la centralización está, de hecho, muy vinculada al momento democrático. Los acuerdos alcanzados democráticamente no tendrían relevancia alguna si no se vela por que estos se cumplan. El ejercicio efectivo de la democracia interna requiere de varias consideraciones:

- La subordinación de la minoría a la mayoría. Aquellos que no están de acuerdo con la dirección elegida democráticamente deberán acatarla igualmente. En caso contrario, no tendríamos democracia sino precisamente una ausencia de la misma: el momento de proceso democrático se convertiría en una suerte de foro de debate no vinculante que no avanza los esfuerzos prácticos concretos.
- La concreción unificada del plan de trabajo aprobado democráticamente. **Que la organización haya decidido trabajar hacia ciertos objetivos no garantiza que la visión de todos los militantes esté perfectamente alineada,** ni que tengan la misma forma de entender los detalles del proceso. En nuestra práctica diaria vemos a colectivos o personas que presuntamente comparten objetivos actuar de forma completamente diferente, lo cual diluye su fuerza, y hay que hallar alguna manera de evitarlo.
- Siempre habrá personas cuya palabra se escuche más alto, cuyos métodos persuasivos y/o coactivos tengan más fuerza, y cuya voluntad se termine imponiendo de una forma u otra. Si este aspecto no se cuida, la interpretación particular de estos individuos se irá sobreponiendo progresivamente a las líneas generales de trabajo - necesariamente abstractas, al abarcar un periodo de tiempo amplio- que se han decidido colectivamente.

En un intento de garantizar que los acuerdos resultantes de los procesos democráticos se cumplan, los comunistas elegimos como parte de estos procesos a los responsables de velar por la dirección del trabajo. Esos responsables son los militantes que mejor encarnan la voluntad colectiva para una tarea particular, y por ende los que la organización considera mejor preparados para garantizar que se cumpla. Puesto que su responsabilidad es explícita, reconocida y limitada a unas tareas concretas, los efectos negativos que expusimos al hablar de los liderazgos informales se minimizan: el responsable electo está obligado a rendir cuentas y es revocable por los militantes que le han encomendado la tarea.





Es importante tener en cuenta que estos responsables no están para vigilar pormenorizadamente todo aquello que hacen los militantes. Tal burocratismo es completamente ajeno a la organización revolucionaria por mucho que organizaciones como el PCE hayan hecho por darnos a entender lo contrario.

La estructura jerarquizada, si se quiere, cumple con un papel ejecutivo necesario para la actividad del día a día. No es operativo coordinar los esfuerzos de cientos o miles de personas sin una serie de órganos de dirección dedicados a ese mismo propósito, que centralicen la información y la utilicen para tomar las decisiones pertinentes y elaborar directrices sobre cómo actuar. Realmente este aspecto trasciende la organización revolucionaria y abarca ámbitos como podría ser el de la producción. Para unos apuntes sobre el “antiautoritarismo” vacío recomendamos el texto de Engels *“De la autoridad”*, así como otros textos en el que hemos tratado la debilidad de carecer de una dirección centralizada fuerte como *“Los límites del Asamblarismo”*.

La seguridad de la organización también tiene mucho que aprovechar de cierto grado de centralización. Si la toma de decisiones (y por ende la información) se horizontaliza por completo, cualquier infiltrado policial o parapolicial tendría acceso de inmediato a muchísima información sensible. A medida que la lucha de clases se recrudezca en nuestro contexto, este aspecto tomará más y más relevancia. No es lo mismo una multa que una ejecución extrajudicial. Aunque nunca hay garantías contra las infiltraciones, no sirve el “de perdidos al río” de aceptar que la organización sea un colador de maderos. Que cada militante tenga sólo la información necesaria para las tareas que ha asumido es un buen punto de partida, pero requiere un lugar central, relativamente más seguro y con militantes de más confianza según el criterio de sus propios compañeros, que disponga de información que no se le encomienda a cualquiera.

Aquellos que niegan estas necesidades –velar por los acuerdos democráticos, garantizar la operabilidad de la organización, compartimentalizar la información– están reconociendo que no les interesa nada la revolución, que están satisfechos jugando a la rebeldía desde la más absoluta impotencia, y que la democracia interna les importa sólo en la medida en que les permite hablar de su libro un rato.



HACIA LA ORGANIZACIÓN REVOLUCIONARIA, AQUÍ Y AHORA

Como con todo, hay diferentes grados de abstracción. El centralismo democrático, en tanto que se puede sintetizar en dos principios – máxima libertad de discusión, máxima unidad de acción–, acepta muchas concreciones distintas. No es un organigrama cerrado ni una serie de cargos a repartir heredados con una época habitualmente folklorizada. Incluso en el desarrollo histórico de una misma línea política, distintos cauces y estructuras organizativas pueden ser redefinidas dependiendo de las particularidades del momento político. No podría ser de otra forma, puesto que en cada momento debemos ser capaces de responder ante una serie de circunstancias que son variables.

Aún así, no queremos terminar este artículo sin dar unas mínimas indicaciones de lo que creemos que se necesita trabajar en nuestras circunstancias particulares, en el presente del Estado español, si bien algunas de ellas son bastante universales:

- **Es necesario superar tanto el burocratismo como el fetiche de la horizontalidad.** La delegación de responsabilidades serias y con carga política es imprescindible por los motivos expuestos, pero estas responsabilidades tienen que estar vivas, perdurar sólo en tanto que cumplen su cometido y mantienen la confianza real de la militancia. También es crucial que el debate libre y democrático se cristalice en propuestas políticas a las cuales se les da una oportunidad de desplegarse mediante una unidad de acción disciplinada.

- En este momento, **la organización revolucionaria necesita componerse exclusivamente de comunistas.** En caso contrario, no habría forma democrática de contener la inevitable deriva burguesa que causarían los sectores no comunistas en su seno. Por este motivo, mientras el comunismo no sea ampliamente aceptado por las masas, la vinculación con las masas no-comunistas deberá ser externa. Una organización obrera amplia y permeable, en el escenario de un país imperialista, tiene el horizonte en ocupar el lugar de un Podemos más o menos radical. Lo hemos visto en múltiples partidos y sindicatos de masas en el Estado como pueden ser el PSOE, CCOO, PCE, etc. La organización se nutrirá principalmente de obreros que pasarán a formar parte de la misma en tanto que acepten los principios del comunismo.
- Dificultar lo máximo posible las infiltraciones de agentes policiales o parapoliciales. Reducir la capacidad de daño que pueda causar una persona particular, sea un saboteador o no. Acciones concretas en esta dirección incluyen un proceso de criba en el acceso a la organización, compartimentalización de la información, responsabilidades acotadas y sujetas a rendición de cuentas, etc. Si a un militante se le encomienda información sensible para realizar cierta tarea, dejará de recibir esa información si no es capaz de hacer que la tarea se lleve a término. De esta forma, incluso los infiltrados estarían obligados a contribuir a la organización como el que más, y tendrían sólo la información justa en el proceso de hacerlo.



- La línea política en torno a la que se construye la organización tiene que estar verdaderamente en el centro. En el MCEe estamos muy acostumbrados a guardar en un cajón una línea política grandilocuente llena de alusiones a la gloriosa e inevitable revolución, mientras nuestra práctica es difícilmente distinguible de la del eurocomunismo masista. Nuestra línea política tiene que exponer claramente las necesidades del proletariado en su lucha en un momento histórico particular, y nuestra práctica tiene que corresponderse con el despliegue organizado de dicha línea, explicando objetivos intermedios que conectan el ahora con el objetivo último de la sociedad sin clases. Si en algún momento se rompe esa cadena, estaremos haciendo el imbécil y poco más.

Algunos de estos apuntes son más discutibles que otros. Lo importante es que el problema organizativo sea por fin tomado en serio, debatiendo las propuestas reales de forma colectiva y desechando en el proceso las que se muestren inferiores –en la lucha, y no en los prejuicios.

CONSTRUYAMOS UNA ORGANIZACIÓN PROFESIONAL

Es comprensible que algunas de las ideas que hemos expresado produzcan cierta incomodidad, especialmente entre las corrientes en las que la militancia es difícilmente distinguible de tener un grupo de amigos *del rollo*. En el proceso de organizarnos para arrasar con el capitalismo necesitaremos toda la fuerza que seamos capaces de ejercer; organizarse renunciando a fricciones y sólo allí donde haya concordancia ideológica espontánea es profundamente estéril.

Tomarse la lucha en serio implica estar dispuesto a trabajar con militantes con los que personalmente no queremos tener nada que ver, en los que confiaremos lo justo, que estarán en desacuerdo con nosotros a menudo, y que en ocasiones nos resultan indistinguibles de un saboteador. Y estamos obligados a hacerlo lo mejor posible a pesar de estas circunstancias, y no al margen de ellas.

Crezcamos sobre unos cimientos organizativos sólidos. No hay trampa ni cartón. Máxima libertad de discusión, máxima unidad de acción, y la concreción orgánica que reconozcamos como necesaria para garantizarlas en unas circunstancias determinadas.





En un mundo en constante cambio, donde el capitalismo y la opresión parecen inamovibles, resulta esencial cuestionar nuestras propias acciones y trascender las inercias que nos impiden avanzar hacia una práctica verdaderamente revolucionaria.

A lo largo de estas páginas, se presentan análisis que nos empujan a desafiar los dogmas y las concepciones preestablecidas. Se nos invita a examinar nuestras estructuras organizativas, reflexionar sobre las limitaciones del asamblearismo y reconocer la importancia de una dirección política unificada y un proyecto político revolucionario concreto.

Estos artículos constituyen una llamada al debate, desafiándonos a salir de nuestra zona de confort y romper con la complacencia que a menudo nos embriaga.

**LÍNEA
SUR**